
LA CRÍTICA LITERARIA Y LA CUESTIÓN DE LA INTEGRACIÓN LATINOAMERICANA

*Adriana Rodrigues PÉRSICO**

Confieso que apenas leí el tema vislumbré una serie de dudas. ¿Podemos seguir apostando en este fin de siglo de agotadas certezas al carácter transformador de la escritura? ¿O debemos acaso adaptarnos al papel de sísifos condenados a arrastrar el peso de las palabras?

A pesar de todo, el tema me interesó porque obliga a dertenernos para examinar nuestra tarea en un movimiento de repliegue sobre la práctica. Propone una operación de unificación justamente hoy cuando abundan los afanes segregacionistas.

La Segunda parte del título sobreentiende una identidad cultural. En esse espacio de producción, consumo y circulación de sentidos que es la cultura, la literatura recorta una zona donde se construyen identidades organizadas en torno al juego dialéctico de las igualdades y las diferencias.

Las últimas décadas demuestran un apego especial por las diferencias, sean geográficas, sexuales, raciales, nacionales o lingüísticas. De manera paralela otras voces dicen la urgencia de consolidar una identidad colectiva que apele a ciertos principios generales y encuentre en la democracia su fundamento político.

Borges ficcionaliza el tema en el cuento "Funes, el memorioso". El drama del protagonista consiste en recordar con nitidez cada particularidad de cada objeto, en no poder borrar las singularidades. Cuando el narrador dice que "pensar es olvidar las diferencias, es generalizar, abstraer"⁵⁴, define la actividad en la capacidad de captar las semejanzas pasando por alto las diferencias.

Entre la identidad particular, la identidad del hombre en cuanto sujeto de derechos inalienables y la reivindicación de las diferencias que

* Universidade de São Paulo

preconizan los movimientos por las minorías, caben riesgos que abarcan un espectro que se extiende desde el etnocentrismo despiadado hasta la abstracción de lo universal.

Si hay algo a lo que ningún intelectual puede renunciar porque está ligado a ella fatalmente, esse algo es la duda. ¿Mis incertidumbres?... ¿en qué punto las políticas de la igualdad se convierten en retórica vana, en declamación grandilocuente de principios que debieran regir la vida cotidiana?; ¿en qué instante los discurso de la diferencia derivan en alguno de los siguientes resultados ideseables? Por un lado, la idiologización de las minorías desemboca en la clausura de los marginados generando una lógica que invierte perversamente la lógica del poder central. como sostiene con lucidez Enzenberger, el peligro irrumpe cuando los grupos asumen la “herencia del tribalismo”⁵⁵. Por outro lado, resulta inquietante para nosotros, latinoamericanos, la opercaión de centralización de los márgenes que realiza la academia en le primer mundo. Importa tomar conciencia de estos procesos para esquivar la despoltización de los discursos. Si a través de las representaciones colectivas los grupos estructuran el mundo social o natural, la impugnación de lo que parece natural para revelar su condición de artefacto, permite arrojar sospechas sobre una pretendida universalidad.

No podemos escapar de la época en que nos há tocado vivir. Los procesos sociales ingresan de una u outra forma en nuestros debates. La necesidad de construir una identidad supranacional que actúe como núcleo de cohesión no es nueva; por el contrario, tiene la edad de nuestros países. Fue la razón primordial de la lucha que emprendieron guerreros como San Martín y Bolívar; desveló también a espíritus letrados como el cubano Martí, el uruguayo Rodó o el nicaragüense Darío. Todos ellos narraron historias de identidad; escribieron relatos de origen que detallan las condiciones de pertenencia al grupo. En cualquier época, la reflexión teórica está ligada a tal punto con la conyuntura que el intelectual configura su subjetividad en la interrogación por los temas contemporáneos.

Yo daría aquí un rodeo y me colocaría en una posición enunciativa lateral respecto de la anterior disyunción. Para muchos de nosotros, la figura del crítico literario se confunde con la imagen de un lector que construye interpretaciones. Si la lectura supone como quería Proust un deseo de desarraigarnos, envuleve, en mi opinión, el gesto complementario de darse una patria de límites ampliso y generosos. la

lectura reivindica para sí totalidad de un espacio común e inscriben en esse territorio. Podríamos decir que la práctica crítica intenta circunscribir un espacio de reflexión para un tiempo presente, una zona generada por y para una historia precisa.

Mi concepción del trabajo crítico -y creo que esta perspectiva apunta a la integración de espacios reales y simbólicos- tiene que ver con las articulaciones que la literatura entabla con otras disciplinas. En este movimiento intento esbozar mi identidad como crítica literaria latinoamericana. Si, lejos de ser considerada una esencia, la subjetividad puede ser pensada como nudo de posiciones, imagino esse lugar como un “entre”, en las vinculaciones que la literatura trama con la política. Esta articulación es crucial; marca los modos de leer y las líneas de investigación; explicita, además, las aspiración máxima de hacer un tipo de trabajo que resulte una praxis política.

Esta posición rechaza a la asepsia que a menudo domina en los medios académicos; pretende huir de toda objetividad abandonando la neutralidad para involucrar al sujeto en su propio hacer. en la medida en que nuestra tarea es profundamente interesada, la subjetividad queda comprometida, la identidad dibujada en el discurso que enunciamos.

Operar en ese límite reclama del crítico una disponibilidad absoluta para enfrentar el desafío que impone la caída de las fronteras disciplinarias. Requiere también una actitud vigilante respecto de la producción para impedir que lo interdisciplinario se torne “pastiche”. La amenaza latente se llama eclecticismo, un disfraz que oculta bajo ropas eruditas el vacío de reflexión.

Yo diría que hay unas pocas preguntas que está en la base de la práctica crítica: ¿cómo significa la literatura?, ¿qué universos simbólicos construye?, ¿cómo se relaciona con otras prácticas y otros discursos?, ¿qué usos le damos a la literatura? Si bien estas preguntas varían de acuerdo con elecciones individuales, hay una que se convierte para cada uno de nosotros en obsesión: es la interrogación por el presente. ¿Cómo hablamos de nuestra actualidad hablando de literatura?

Pensar la literatura latinoamericana significa plantear una serie de ejes tales como la cuestión de la integración y el separatismo; las articulaciones entre centro y periferia; la consolidación de las literaturas nacionales; la constitución de Latinoamérica en la superposición y coexistencia de culturas; la importación y adecuación de modelos; la apropiación y uso de teorías. Críticos sagaces como Cándido o Rama dieron sus respuestas a varios de estos problemas.

Si estos son algunos de los núcleos, en la circulación de saberes que caracteriza hoy a las ciencias humanas, la literatura provee una serie de teorías -de la lectura, del lenguaje, de la narración, de la representación- que, al permitir nuevos abordajes abogan a la construcción de otros objetos.

Al mismo tiempo y porque carece de límites rígidos, nuestro trabajo se hace flexible para usar conceptos, métodos y técnicas que pertenecen a diferentes campos. Esta ausencia de precisión tiene la desventaja de la incertidumbre pero en compensación ofrece la embriaguez de una libertad cuyo único límite es la producción de algún saber.

Sospecho que cuanto más excéntrico es el lugar del intelectual más apasionantes pueden ser los recorridos y más deslumbrados los hallazgos. Foucault, que gustaba de historias y pensamientos marginales definió el sentido del quehacer filosófico en la problematización del presente. Le toca al filósofo una búsqueda fascinante: recoger los elementos del presente capaces de diagramar un entramado significativo para encontrar modos de acción que operen sobre esse presente.

Otro tema acuciante es la reconciliación de dos términos a menudo escindidos; me refiero a la necesidad de volver a fundir la política con la ética. quiero decir, en la medida en que colocamos las políticas específicas en el centro de nuestra praxis, entramos de lleno en la cuestión ética. El objeto de escribir conlleva asumir la responsabilidad de una voz, la autoría de un discurso. O, lo que es lo mismo, hacernos cargo de un lugar como miembros de una colectividad determinada.

Para finalizar, creo que el momento actual reclama una opción decisiva por políticas culturales integracionistas. Hace pocos años, hubiéramos juzgado nuestra realidad como una pesadilla digna de las narraciones de Dick o de Orwell. Y puesto que la vida imita frecuentemente al arte, me gustaría recordar la novela de Buzzati, *El desierto de los tártaros*: los personajes desean, por una lado, que los bárbaros aparezcan porque ello daría sentido a la existencia; por otro, la prolongada espera termina por convertirlos en fantasmas, hasra el instante exacto en que las sombras virtuales encarnan en un poderoso y letal ejército. A veces, me identifico, nos identifico con los soldados del fuerte Bastiani.

NOTAS

- ¹¹ BORGES, J. L. "Funes, el memorioso" en *Obras Completas*. Buenos Aires: Emecé, 1974, p.490.
- ¹² ENZENBERGER, H. M. *La gran migración*. Barcelona: Anagrama, 1992.